

La concepción social de la vejez: entre la sabiduría y la enfermedad

Pablo Méndez Gallo

Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria

En este artículo, el autor reflexiona sobre el lugar de la vejez y los viejos en la sociedad actual. En su opinión, los viejos son definidos mediante atributos negativos: son pasivos, dependientes, enfermos e ignorantes en una cultura donde prima la producción, la autonomía, el vigor y las nuevas tecnologías. Los viejos viven, pues, excluidos en una sociedad cuyas leyes garantizan la igualdad de todos. Problematizados por las ciencias sociales, sólo se les valora en tanto que consumidores. La marginación social a la que están sometidos tiene también su correlato espacial. Así, no es extraño que vivan en ruinosos edificios de los cascos antiguos de las ciudades, o bien en apartadas residencias con aspecto de cárceles, pues el margen es hoy, según el autor, el espacio natural de la vejez.

1. Introducción

“Todos los seres humanos desean tener una vida larga, pero nadie quiere ser viejo”. Esta misma ambigüedad descrita por Jonathan Swift (2000, p. 42), hace ya tres siglos, es la que se transmite a lo largo de la historia en relación con la vejez. Una condición que nos permite decir, de forma radical, que la vejez no existe sino como construcción social. Y, en tanto que producto de una época, este grupo de personas (‘viejos’), o esa condición vital a la que denominamos ‘vejez’, despectiva o cariñosamente, plantea unas circunstancias específicas de su tiempo, si bien muchas de esas cuestiones aparecen en otras épocas y, sobre todo, en otras formas de organización social.

Así, podríamos decir que en las sociedades de tradición oral, la situación resulta a priori más favorable para la condición de la vejez (Arquiola, 1995, p. 6) que aquellas de comunicación impresa: en las primeras, el viejo sirve de elemento fundamental en la preservación y transmisión del saber y de la costumbre, mientras que en las segundas, la fijación del saber permite prescindir de esa memoria frágil y arbitraria que es el ser humano. Como las mal llamadas sociedades ‘creyentes’ ensalzan la vejez, basada en el modelo patriarcal de la vida, frente a las paganas (en realidad, aquellas que no son monoteístas). Pero no es menos cierto que, de forma muy general, la ‘vejez’ se vuelve un problema cuando los recursos materiales escasean –consecuencia de la productividad precaria del anciano (Minois, 1989, p. 26)–, o se vuelve virtud cuando otras necesidades colectivas así lo requieren: votos, consumo, colchón familiar...

En tanto que construcción social, producto de una cosmovisión acorde con los tiempos y contextos, la vejez no es la misma en cada momento y en cada lugar, si bien podemos establecer un nexo común,

como es la proximidad de la muerte como hecho natural. Ahora bien, las distintas formas de concebir la muerte (Barley, 2000) también generan diferencias en la propia concepción de la vejez. Es la muerte lo que da sentido a un tiempo de la vida que se caracteriza por su proximidad a ella, como la infancia se caracteriza por su proximidad al nacimiento: dos extremos entre los cuales adquiere sentido el ser humano.

El tiempo y el contexto que vamos a abordar en el presente escrito es el de la modernidad de las sociedades capitalistas occidentales, con sede en la ciudad, escenario de lo social por excelencia, donde las biografías –y, por tanto, la vejez como parte de éstas– se construyen en función del proceso productivo del estado mercantil. Un tipo de sociedades que encuentran en la ‘norma’, o centralidad estadística, la ubicación prestigiosa, eliminando por tanto todos aquellos flecos que tienden hacia el extremo, aquello que produce ‘ruido’ en la distribución normal de los individuos o partículas sociales.

Por tanto, la historia que a continuación ofrecemos representa la historia de una marginalidad: la de los viejos en tanto que grupo de personas que tienden al extremo de la vida –como la negación de la infancia, en el extremo opuesto–. Negación de los extremos que es negación de la muerte y, por tanto, de la propia vida. Pues la vida se rige en función de una ley –creación humana–, y la que rige nuestra historia es la ley del mercado: “Cuando la ley del mercado decreta / quién es, quién no, / siempre confunde canción y peseta, / que lo sé yo” (J. Krahe).

2. Vejez y modernidad

Podríamos empezar por decir que la propia consideración de la vejez como problema nos remite a una falla social donde no sólo los viejos poseen el problema, sino la sociedad en su conjunto; como la natalidad, o su ausencia, nos remite a otra carencia social. Y este problema social tiene unas conexiones fundamentales con la idea de modernidad, en tanto que filosofía de vida basada en el utilitarismo y la radical racionalidad del cálculo de costes y beneficios (Chomsky, 2001) de cara a la valoración de personas y cosas. No es que antes la vejez no haya resultado problemática: antes avanzábamos que, especialmente en momentos donde los recursos (materiales) escasean, el viejo se volvía una carga que podía desembocar en el abandono del mismo, el gerontocidio o incluso su propio suicidio, consciente de la situación que impone. Así, en las sociedades basadas en una economía de supervivencia –tipo cazadores y recolectores– esta práctica solía ser habitual (Minois, 1989).

Sin embargo, en el caso de la modernidad, nos encontramos con una paradoja. La modernidad constituye sociedades basadas en el ideal de la

igualdad de todos ante la ley, por lo que el ostracismo arbitrario de personas o grupos queda erradicado, con el Estado y sus tres poderes independientes –legislativo, judicial y ejecutivo– actuando como garantes de que dicho ostracismo no tenga lugar. Pero, al mismo tiempo, la lógica comercial y productivista que caracteriza a las sociedades modernas, cuya protección también la asume el Estado, desprecia aquellos elementos que suponen una rémora para su progreso: “La ampliación del comercio no puede entenderse sin referirse a una creciente protección estatal de las rutas de comercio y un aseguramiento cada vez mayor por parte del Estado para los comerciantes” (Elías, cit. en Marín, 1997, p. 217). Claro que esa paradoja se complica por la propia confusión que se va imponiendo entre Estado y mercado, entre lo público (político) y lo privado (economía). Confusión que, en términos de Hannah Arendt (1998, p. 49), da lugar a la aparición de lo social, a lo que se opone, no lo privado, sino lo íntimo, último reducto frente a la invasión publicitaria por parte del Estado mercantil.

Derivado de esta emergencia de lo social, donde impera la idea de la ‘economía política’ –hasta entonces una contradicción en los términos, ahora una “armonía de contradicciones” (Marcuse, 1994, p. 123)–, el criterio que rige la existencia del nuevo ciudadano es la de ‘trabajar para vivir’, como rechazo de aquellas formas de vida donde el ‘privilegio’ establecía quiénes necesitaban trabajar para vivir y quiénes no (Antiguo Régimen). Es decir, quien ahora no trabaja es alguien que, de alguna manera, se convierte en un ser asocial, pues en términos generales es alguien con capacidad restringida de acceso al principal escenario para el reconocimiento mutuo, esto es, el mercado para el intercambio de bienes y servicios (mercancías):

“De esta forma, quien no tiene la posibilidad de entablar relaciones entre iguales en el seno del mercado es como quien en la Grecia clásica no tenía la facultad de la palabra (*logos*) que le permitiera ser reconocido; el nuevo destierro o excomuniación sería la pérdida efectiva del ejercicio de la ciudadanía, a partir de la no realización de la acción social primordial de cara al reconocimiento, como es la producción (*poiesis*) y el comercio en el contexto de la nueva sociedad burguesa” (Méndez y Costoya, 2001, cap. IV, p. 12).

La contradicción del viejo es que dicha condición deja de ser un asunto ‘privado’ para convertirse en asunto de interés público, regulado por el Estado y para bien del mercado. Es decir, bajo el disfraz de la beneficencia –que, hasta el siglo XIX, se ocupaba de aquellos ancianos que debían retirarse del mundo laboral–, se regula la figura de la jubilación “para defensa del propio capitalismo, ya que con esta medida pretendían sustituir a un trabajador añoso por otro más joven, y por tanto más produc-

tivo, favoreciéndose igualmente el descenso del paro” (Arquiola, 1995, p. 44). Es decir, que en este período de la historia que denominamos modernidad, regido por el criterio de la racionalidad productiva en términos del cálculo costes/beneficios, el viejo aparece como un obstáculo para el desarrollo mercantil, por lo que pasará a ocupar plaza en esa beneficencia pública en que se conforma el Estado del bienestar, desde finales del siglo XIX y principios del XX.

Eliminada la sabiduría como elemento de valor y significación, sólo la enfermedad puede ocupar un lugar predominante en la imagen que del viejo tenemos en nuestras sociedades

Tiempos modernos, tiempos tecnológicos, en donde la sabiduría del viejo es prescindible, frente a la apreciada fuerza y velocidad del joven. Una doble visión ha caracterizado a la vejez desde tiempos remotos: la sabiduría que aporta la experiencia, sobre todo en épocas en que llegar a viejo era producto de cierto misterio, y la enfermedad o el achaque, producto de la degeneración a la que se ve sometido todo ser viviente con el paso del tiempo –la transformación de la energía de la que habla el segundo principio de la termodinámica–. Pues bien, una vez eliminada la sabiduría como elemento de valor y significación, sólo la enfermedad puede ocupar un lugar predominante en la imagen que del viejo tenemos en nuestras sociedades capitalistas: “la vejez es una enfermedad incurable” (Minois, 1989, p. 14), condición irremediable –de tradición aristotélica– que se opone frontalmente a la de la juventud: “La juventud es la única enfermedad que se cura con el tiempo”, que alguien dijo.

En este sentido, habiendo asumido el viejo la condición de enfermo, le corresponde como tal un tiempo y un lugar específicos, al margen de la centralidad social del mercado (de intercambio sexual, de bienes y de ideas). En este sentido, el viejo se convierte en un ser marginal, condenado a la errancia por los arrabales de lo social: asilos, turismo de temporada baja, parques vacíos, salas de espera de la Seguridad Social, universidades de mayores, etc. Y, lo que es más, problematizados por la ciencias sociales, se convierten en el nuevo objeto de estudio y consumo por parte de diversas disciplinas, que aprovechan el filón de un sector de población al alza que,

si bien no genera riqueza –económica, claro está–, se convierte en mercancía para diferentes sectores que hacen de la vejez un bocado apetecible. Y es que los mayores de 65 años ya superan en cantidad a los menores de 15 años, según el INE.

3. Tiempo y espacio de la vejez

“En mi época...” podría ser el inicio de frase (marca) que caracterizara a la vejez; esa frase que, cuando nos descubrimos enunciándola, nos hace caer en la cuenta de que el paso del tiempo corre inexorablemente para todos por igual. Pero además de un indicador del paso del tiempo, dicha frase es sintomática de la vejez por otra razón: da a entender que el presente, el tiempo de la enunciación, ya no es el tiempo propio. Es decir, remite a un pasado en el que la persona era joven y la época le pertenecía. Dicho de otro modo, el tiempo de la vejez es el pasado, por oposición a la infancia, a quien pertenece el futuro. El presente, por lo efímero de su condición, sería más difícil de delimitar, pero de alguna manera podemos decir que pertenece al ‘ideal de juventud’ –la llamada madurez y no la juventud propiamente dicha–; a ese sector de población caracterizado por el maquillaje, el parecer ser, que hegemoniza una época determinada (Granjel, 1991, p. 80). En nuestro caso, una época marcada por el ideal de fuerza, belleza y juventud (Minois, 1989), como ya lo fuera también la Grecia clásica o el Renacimiento, por ejemplo. Dos épocas en que la vejez no ha sido bien considerada socialmente.

De esto se deriva que el viejo es un ser fuera del tiempo, al que se le debe otorgar un espacio consecuente con esta foraneidad. Espacio, o espacios –pues ya se van pluralizando–, en donde el viejo, en tanto que ser temporalmente suspendido, en espera de su único futuro posible (‘pasar a mejor vida’), realiza actividades especialmente diseñadas para él/ella. Si bien hasta hace poco tiempo la jubilación era espacio reservado únicamente para hombres –la falta de incorporación de mujeres a la vida laboral así lo establecía–, también lo eran las escasas actividades –hogares de jubilados y partidas en parques públicos–, pues la mujer seguía ‘disfrutando’ de la reclusión del hogar como espacio natural para la vivencia de su vejez. Hoy día, sin embargo, la universalización del sistema de pensiones (contributivas y no contributivas) permite que tanto hombres como mujeres puedan entrar a formar parte del universo de programas destinados a la distracción de la tercera edad.

Dichos programas, convertidos en objeto de consumo y de suavizante de los ciclos económicos, fundamentalmente para paliar los ‘picos y valles’ del turismo estacional, están siempre marcados por su alejamiento respecto de los flujos dominantes en la sociedad: viajan cuando es temporada baja,

rellenan los huecos que la universidad para no-mayores deja vacantes –sobre todo, teniendo en cuenta el descenso de la natalidad y la paulatina pérdida de ‘clientes’ que se genera en la Universidad española–. Lo mismo que las residencias u hogares a ellos destinados, siempre en los márgenes de la ciudad, para garantizar esa tranquilidad que, después de tantos años de bullicio vital, ahora requieren. Metáfora de la edad, el margen es el espacio ‘natural’ de la vejez; suspensión y marginalidad que acompañan a un período de la vida en una época marcada por la fugacidad de las cosas (consumo), donde lo ‘viejo’ ni tan siquiera se contempla, pues mucho antes de eso se ha convertido en ‘obsoleto’: pasado de moda.

Así, como dice el bolero, “la distancia es el olvido”, y el viejo vive en esa constante: olvido propio, auto-abandono, derivado de la pérdida de valor en lo social; olvido social, pues el viejo es concebido como una carga, no sólo en lo económico, sino fundamentalmente para el disfrute familiar; y olvido como pérdida de memoria, pues probablemente ya no sea interesante recordar demasiado, más allá de la infancia como edad de oro que fue:

“El pasado es un país del que todos hemos emigrado, que su pérdida forma parte de nuestra común humanidad. Lo que se me antoja como evidentemente cierto en sí mismo; pero sugiero que el escritor que está fuera-del-país e incluso fuera-del-idioma puede experimentar esta pérdida de forma más intensa. Deviene más concreto para él por el hecho físico de la discontinuidad, de su estar presente en un lugar diferente al de su pasado, de su estar en ‘otra parte’” (Rushdie, 2001, p. 17).

Esto mismo que escribe Salman Rushdie para el caso del escritor que escribe desde fuera de su idioma y desde fuera de su país se puede trasladar al viejo como ser que vive fuera de su tiempo y fuera de su espacio. Una separación del mundo que imita a muchas especies animales que se desvían de la manada para ir a morir en soledad; o en otras poblaciones humanas, donde los viejos, al representar una carga, deciden inmolarse mediante el abandono en el frío polar. Por ejemplo, entre los inuit (‘esquimalés’) del norte canadiense u otras poblaciones caucásicas (Minois, 1989, p. 26). Pues la vejez, concebida como una discontinuidad en el ciclo de la vida, sólo encuentra sentido en la enfermedad, única manera que se encuentra de ser, estar y, sobre todo, parecer presente en la época que toca vivir.

4. Ciudad y vejez

La ciudad es también metáfora de otra enfermedad, esta vez la social. El viejo se ha consignado como habitante del casco viejo o antiguo de las ciudades;

viven en pisos donde pagan rentas antiguas; y la calidad de dichos pisos roza, en muchos casos, la declaración de ruina. El centro de la ciudad, zona de tránsito para la mayoría de los habitantes de la ciudad, espacio donde uno va pero no se queda, espacio de uso y abuso, es el espacio que ocupan los viejos. Espacio público para todos, en él despliegan su intimidad aquéllos que ya no forman parte de lo social. Pues la vejez es objeto de la propia contradicción de la ciudad –puesta a lo urbano–, donde “el centro es el margen”: así, “el centro de la ciudad es el espacio de la ancianidad; en nuestra sociedad, el viejo, en lugar de ser el portador de los consejos y de la sabiduría, es el marginado que no se engrana en la máquina de producir que es la ciudad en la Sociedad del Capital” (Leal Maldonado, cit. en Reyes, 1988, p. 124).

Y es que, históricamente, la vejez se ha movido entre dos polos: el de la sabiduría y el de la enfermedad, marcados por la tradición platónica y aristotélica, respectivamente. Así ha sido en diferentes períodos de nuestra historia y en otras civilizaciones (Minois, 1989; Granjel, 1991); un ambiguo discurrir entre dos condiciones no necesariamente contradictorias, pero que hoy día tampoco hemos resuelto: ¿debe un gran profesor abandonar su magisterio por alcanzar la edad legal que le obliga a retirarse? Lo que se estableció como mecanismo de protección –del mercado y de las clases subalternas trabajadoras– se vuelve un axioma: la edad legal de jubilación marca la frontera social entre la salud (productividad, sabiduría) y la enfermedad (improductividad, vejez).

Esta separación está relacionada con los valores dominantes de una sociedad caracterizada por la necesidad de una generación fugaz de nuevos conocimientos y habilidades –tecnológicas–, en donde el viejo se mueve torpemente y donde los ciclos de cambio generacional se acortan cada vez más rápidamente y dan lugar a una mayor tensión intergeneracional: telefonía móvil de tercera generación en apenas una década. Y la ciudad es el espacio donde dicha transformación y conflicto generacional tiene lugar. No es en vano la anécdota que cuenta el sociólogo Juan Díez del Corral sobre un asilo construido en Badajoz, en 1983, en forma de panóptico de nueve brazos: “El aislamiento del edificio respecto a cualquier calle y el hecho de que los panópticos hubieran sido las tipologías preferidas durante más de un siglo para la construcción de cárceles [...]”. Lo que le llevó a una conclusión razonable: “Ser viejo en estos tiempos parece ser una maldición, pero serlo en Badajoz [...] ha pasado a ser delito” (Díez del Corral, 2000, p. 40).

Sin embargo, esta misma institución vigilante que encontramos en Badajoz podría ser extensible, de manera metafórica, al conjunto de las ciudades en tanto que espacio hostil para los viejos –como para

los niños—. Es decir, la ciudad está concebida no como espacio de convivencia, sino de producción, quedando marginados aquellos que están fuera del proceso productivo, por lo que el viejo se vuelve un ser errante por las hostiles calles de una ciudad ajena, aún cuando lleve en ella toda la vida. Su única forma de controlar los cambios es visitando las grandes obras que están en marcha: jubilados-capataces, sólo entre ellos pueden ya mostrar su ‘sabiduría’ en el contexto de una sociedad que envejece. La pirámide (demográfica) se ha invertido en una sociedad como la actual, “fundada en tres negaciones: la negación del viejo, la negación del niño y la negación de la muerte” (Ariès, 2000, p. 59).

Y para la negación no hay otra salida que la ocultación: en asilos, centros de salud o en los destinos turísticos del Imsero. Es la negación de la vida como negación de la muerte en una sociedad que ya se proclama inmortal; en el ideal de la eterna juventud, dar a luz implica parir a esa nueva generación que, más temprano que tarde, nos hará viejos. Pues la vejez, a fin de cuentas, siempre llega con el relevo generacional (Ariès, 2000, p. 56): son los nuevos jóvenes quienes nos hacen viejos. Sin percatarnos de que la igualdad total –auténtico sueño moderno–, la anulación de toda diferencia, es la muerte misma que queremos negar. Y así llegaremos a la sociedad unigeneracional (unicelular), donde no habrá viejos ni jóvenes, niños o maduros; el *continuum ad infinitum*, modelo de lo urbano que, eliminando toda discontinuidad, se vuelve plano:

“Diríase entonces que el viejo de nuestros días es como un turista de poder adquisitivo bajo pero permanente, un turista 365 días al año, un turista a dedicación completa. Y que la arquitectura genuina de nuestro tiempo destinada a la vejez no sería otra que la misma arquitectura, anónima, convencional e informe, destinada a las masas de turistas” (Díez del Corral, 2000, p. 43).

5. Conclusiones

Podríamos decir que la vejez supone una vuelta al estado de naturaleza, donde para ser ya no hay más que ser, y no parecer. Supone un retiro del mundo de la funcionalidad, de la producción y, sin embargo, tampoco es tiempo de contemplación; más bien de reposo y retiro. Si podemos decir que la estructuración de la vida en edades responde a un reflejo de la funcionalidad social (García, 2000, p. 64), la vejez aparece como una edad sin función alguna, más allá de la de espera.

Esta situación de personas socialmente improductivas les coloca actualmente en una situación ambigua. Por una parte, conlleva una pérdida en la prioridad de sus derechos, por cuanto se ubican fuera de

lo propiamente social (producción). Pero, por otra parte, en tanto que grupo política y económicamente rentable –los viejos votan y son muchos–, deben tener reconocido un estatuto que, de alguna manera, les permita seguir formando parte de la sociedad. Esta posibilidad viene dada por la condición de ‘enfermos’, único reverso posible y previsor de la exclusión total, dentro de un sistema social caracterizado por la salud. Es el único rol que les permite seguir teniendo un lugar en esta sociedad, caracterizada por metáforas organicistas –el cuerpo social, un cáncer para la sociedad, etc.–, siguiendo el modelo biomédico, donde la erradicación de todas las enfermedades se impone como una necesidad incuestionable.

En la tradición occidental podemos ejemplarizar en las figuras de Platón y Aristóteles la doble consideración a que se ha visto sometida la vejez: sabios o enfermos. Salvo periodos breves de la historia, la condición de enfermo siempre ha sido la predominante; ya la medicina hipocrática y la galénica se ocuparon de ello –aunque ésta negara la relación– (Minois, 1989; Granjel, 1991). Sin embargo, en determinadas culturas e, incluso, en algún periodo de nuestra propia cultura grecorromana, el viejo ha sido considerado por su sabiduría, ocupando una posición de ritualidad, producto de la excepcionalidad de su edad o de su conocimiento derivado de la experiencia que aporta una vida prolongada. El viejo se constituía como una especie de mediador entre esta vida y la del más allá.

La modernidad, producto de su desacralización –espiritual, política, social–, aparta al viejo de la posibilidad de ocupar este papel mediador, por lo que su única condición restante que cabe en nuestro horizonte es la de enfermo, especialmente cuando la salud –si es que se llega a definir, más allá de la arbitraria relación establecida entre juventud y salud (Granjel, 1991, p. 48)–, se convierte en la única espiritualidad posible, ejemplificada en la idea de ‘seguridad’ que el Estado ofrece a sus individuos. El Estado se erige como único mediador legítimo en nuestra sociedad, regulador de toda interacción social, por lo que desplaza al viejo de su posición. Éste, concebido como enfermo, un ser de frágil porcelana, debe ser protegido, o más bien apartado, para que las nuevas huestes que vienen pisando fuerte puedan operar a un ritmo adecuado.

Liberado o desposeído de toda función social, el viejo se queda, además, suspendido en un tiempo que ya no le pertenece, en el cual no se inserta. Si la condición que requiere nuestra modernidad es la de ganarse el pan con el sudor de la frente, si es la profesión la que aporta la identidad –ya no se trata de quién eres, sino qué eres– y la realización personal, el viejo es un ser saturado de identidad o, tal vez, apartado de ella.

Pero si, en un primer momento del capitalismo de producción, el viejo retirado se convertía en un ser inútil por la carencia de valor productivo, en un segundo momento, dominado por el capitalismo de consumo, el viejo se convierte en un objeto de consumo más. Al amparo de un grupo de población tan creciente, diversos son los ámbitos –políticos y profesionales– que tratan de obtener rentabilidad de un colectivo que, por lo demás, sólo es problema.

El viejo se vuelve un ser errante por las hostiles calles de una ciudad ajena, aún cuando lleve en ella toda la vida

Si hemos de comprender la vejez desde un punto de vista sociológico, deberemos tener en cuenta que ésta, como todo lo humano, transcurre en un tiempo y espacio determinados; en ese tiempo y espacio, la vejez se construye a cada paso. Y el tiempo de la vejez es el tiempo del pasado, de lo que fue y ya no volverá a ser. Lo que espacialmente se corresponde con el margen –como el centro de la ciudad, convertido en margen–, con lo que está más fuera que dentro, más allá que acá. Puesto que no hemos construido ninguna esfera que dé sentido a su existencia y han desaparecido aquellas que otrora pudieran dárselo, el viejo se ve abocado a la espera de la muerte como única salida posible a su situación; ya, ni tan siquiera se puede permitir aparentar, parecer ser lo que no es. Mientras tanto, el vagabundo, el deambular, convierten al viejo en un ser errático, de médico en médico, de hotel en hotel, de asilo en asilo, de obra en obra... Un vagabundo posmoderno.

Un ser desposeído, material y socialmente, imposibilitado para el despilfarro y carente de los conocimientos necesarios para ser competente en la sociedad de la tecnología acabará convirtiéndose en objeto de protección; no por su escasez numérica, que aumenta sustancialmente, sino por su escasez de significación social. No en vano empiezan a surgir movimientos de reivindicación de los derechos de la ‘tercera edad’: la discriminación positiva que se empieza a gestar para un colectivo que acaba de soltar las riendas de lo social y se ve desplazado por su progenie. O las prácticas incipientes de flexibilización de la jubilación –por ejemplo, compaginando la pensión con un empleo a tiempo parcial–, no necesariamente como mejora de dicha condición –la vejez–, sino como intento de negación de la misma, especialmente cuando a esta situación llega la llamada generación del *baby boom* (los jóvenes del 68): “P.- Pero, ¿no es a la vez esta generación, que no luchó por prolongar su

actividad, la que al mismo tiempo inaugura este período de devaluación y de exclusión de la vejez? R.- Sí” (Ariès, 2000, p. 57).

Y es que la materialización de aquello que se pretende negar genera angustia, en una sociedad que se declara inmortal –como antes ya lo hicieran muchas otras religiones, antes que la ciencia– y eternamente joven, lo que no hace sino remitirnos nuevamente a la cita inicial de Jonathan Swift: “Todos los seres humanos desean tener una vida larga, pero nadie quiere ser viejo”.

Bibliografía

- ARIÈS, P. (2000). “¿Una historia de la vejez?” [entrevista]. *Archipiélago*, n.º 44, pp. 50-60.
- ARQUIOLA, E. (1995). *La vejez a debate*. Madrid: CSIC.
- BARLEY, N. (2000). *Bailando sobre la tumba. Encuentros con la muerte*. Barcelona: Anagrama.
- CHOMSKY, N. (2001). “EEUU en guerra. La nueva guerra contra el terror”. *La Jornada* (México), 7 de noviembre.
- DÍEZ DEL CORRAL, J. (2000). “Arquitectura y vejez”. *Archipiélago*, n.º 44, pp. 40-49.
- GARCÍA, F. (2000). “Morir la vida / Matar la muerte”. *Archipiélago*, n.º 44, pp. 62-67.
- GRANJEL, L. (1991). *Historia de la vejez. Gerontología, Gerocultura, Geriatria*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- MARCUSE, H. (1994). *El hombre unidimensional*. Madrid: Ariel.
- MARÍN, H. (1997). *La invención de lo humano*. Madrid: Iberoamericana.
- MENDEZ, P. & COSTOYA, A. (2001). *Manual de Antropología Política*. Murcia: Universidad Católica San Antonio (UCAM).
- MINOIS, G. (1989). *Historia de la vejez. De la antigüedad al renacimiento*. Madrid: Nerea.
- REYES, R. (1988). *Terminología Científico-Social*. Barcelona: Anthropos.
- RUSHDIE, S. (2001). “Patrias imaginarias”. *biTARTE*, n.º 24, pp. 15-25.
- SWIFT, J. (2000). *Ideas para sobrevivir a la conjura de los necios*. Barcelona: Península.